

19.

LAN
IS
ION





Tipografía

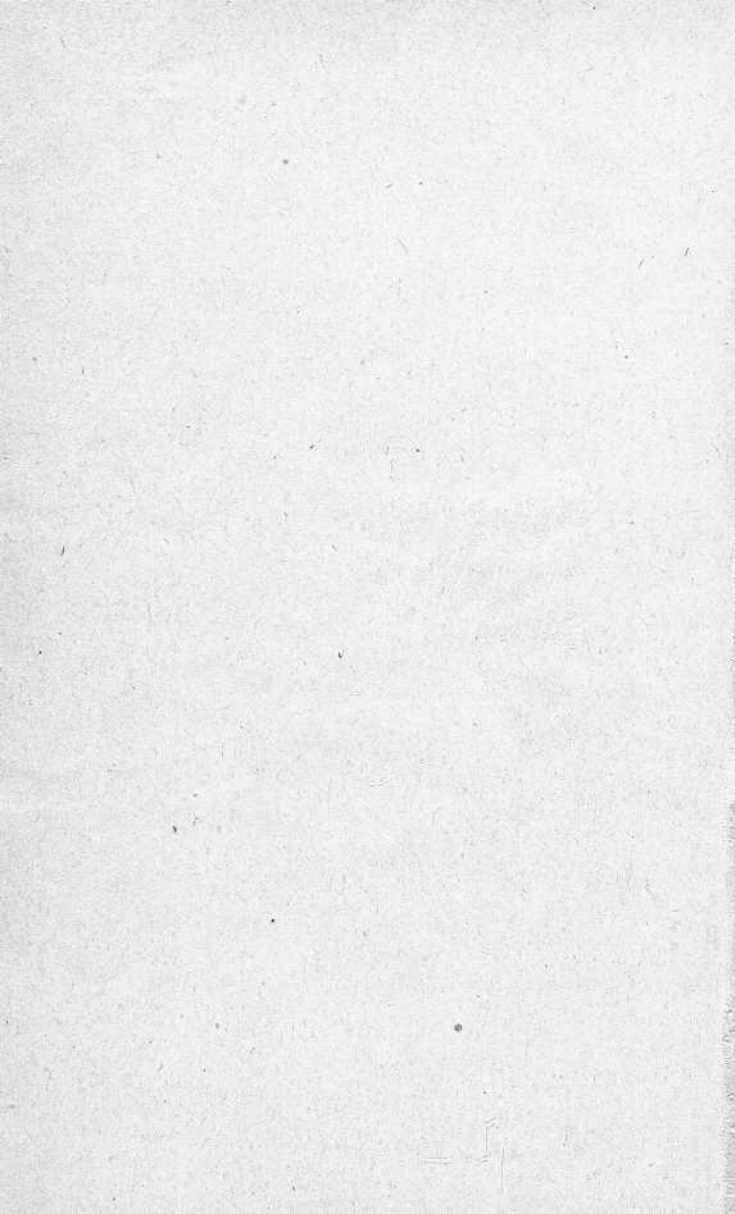
y Encuadernación

de

Senen Martín

Tomo 1892

M. L.



El liberal

PASCUAL MILLÁN



TIPOS

QUE FUERON

Consideraciones sobre
la retirada de GUERRITA

*Para el amigo
D. Miguel
El editor*

MADRID

IMPRENTA DE ROMERO

Tudescos, 34. — Teléfono 875.

1894



TIPOS QUE FUERON

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

[Handwritten signature]

PASCUAL MILLÁN



TIPOS QUE FUERON

Consideraciones sobre
la retirada de GUERRITA

MADRID

IMPRENTA DE ROMERO

Tudescos, 34. — Teléfono 875.

1894





CAPÍTULO PRIMERO

Un hecho natural.—El lidiar toros y las otras profesiones.—Protesta general.—Lo que dice el público.—Lo que la retirada de Guerra significa.

EL hecho en sí nada tiene de extraño: un hombre logra reunir, trabajando honrosamente en su profesión, renta más que bastante á sostener, con creces, sus necesidades, y se retira á disfrutar pacíficamente, en su pueblo y con su familia, aquello que ganó exponiéndose á diario.

Tratárase de un industrial, de un hom-

bre de negocios; tratárase de cualquier carrera ó profesión, y nadie hubiese censurado al que la abandonara en tales condiciones.

Pero es un matador de toros, es un predilecto del público el que trata de retirarse en la fuerza de su juventud, cuando lleva ríos de oro en su estoque y tempestades de aplausos en los pliegues de la muleta, y entonces una exclamación de asombro se escucha por doquier.

Los unos ejercen una profesión en la que puede arriesgarse el capital, pero no la vida; el matador de toros se la juega constantemente, y al salir de su casa para el circo, no sabe si volverá más á ella.

Sin embargo, nadie extraña la retirada de aquéllos en igualdad de condiciones que lo verifica el matador; y cuando éste anuncia, viene esa explosión de asombro que toma los caracteres de viva protesta, como si quien tal hace no tuviera ese derecho, como si no fuese libre de sus acciones, como si en su determinación hubiese algo de perjurio, como si el espa-

da guardase un depósito del pueblo y lo arrojava violentamente, destruyendo lo que no era suyo y no podía manejar á su antojo.

No son únicamente los aficionados á toros, á quienes la retirada de *Guerrita* más importa, los que protestan; se revuelven también contra la determinación del diestro, gentes que nunca fueron á la plaza, pero que no quieren ver borrado nuestro típico sello, ni degeneradas nuestras costumbres, ni perdido lo que es de España y sólo de España; lo que, bárbaro ó civilizador, humano ó inhumano, salvaje ó culto, mas siempre grandioso, nos distinguirá de los otros pueblos.

No saben dar forma á la protesta ni encuentran lógicamente en qué fundarla; pero ven algo que se eleva por cima de toda lógica y de toda razón, algo que obedece á un sentimiento brotado espontáneamente y que se manifiesta conciso, inexorable, brutal, recriminando al diestro porque huye de la lucha, porque deserta cuando todo le invita á quedarse.

¡Cómo!—dicen—*quit arse de los toro* á los treinta y dos años, en el apogeo de sus triunfos y de sus facultades, dejando sin escribir la mitad de su historia como matador de toros, volviendo la cara á los muchos que podía estoquear en diez ó doce años de futura carrera, abandonando el circo al poco tiempo de espirar en él un espada de ren ombre, como si el temor á igual fin hubiera determinado semejante resolución... eso no puede hacerlo nadie que de torero se precie.

Resignarse á ser un ricachón de provincia siendo la primera figura del toreo; dejar aquellos aplausos, aquellas ovaciones conquistadas en buena lid, rindiendo á los toros de más empuje, jugando con ellos, teniendo un noventa por ciento de probabilidades más que los otros lidiadores para no ser cogido; hacer trizas el prestigio, la significación que tuvieron siempre en nuestro país los colosos de la tauromaquia; renunciar para siempre á la admiración de la hermosura, al poderío, á la gloria; borrarse violentamente, sien-

do la principal figura, de un cuadro grandioso que tiene por marco el cielo y la belleza, y por fondo la animación, la alegría, el entusiasmo; desterrar el artístico traje de lidiador, donde la seda y el oro se disputan un espacio para engalanar al valiente; irse á confundir en el montón inadvertido de paletos; querer ser nada siéndolo todo, viéndose joven, admirado, envidiado, lleno de popularidad... todo esto, como castigo, sería horrible; como determinación de la voluntad, no tiene nombre.

Así piensa la mayoría de los españoles al ocuparse en la retirada de Guerra.

Hay que ver lo que esta retirada significa; hay que buscar más lejos y mirar más hondo, porque Guerra, al querer dejar los toros por el tranquilo goce de cuantiosa renta, viene á dar el golpe de gracia á un tipo que se extinguía, y cuya desaparición abre una brecha enorme en la distintiva de nuestro carácter.

Hasta ahora la brecha existía, pero procurábase ocultarla. Guerra la puso de manifiesto.

Él no la hizo, se limitó á descubrirla. No es justo echarle toda la responsabilidad, aunque aparezca como único culpable.

Hay en el fondo de esa protesta, que *Guerrita* suscitó, algo que es preciso estudiar, porque los arranques del sentimiento público, en cualquier forma que se expresen, encierran un fundamento serio, aunque no siempre lo explique la fría razón.

En este caso sería injusto dirigir censuras á Guerra. Lo que trata de hacer lo harían hoy muchos en sus condiciones, porque la desaparición del tipo del torero no es hija de un instante; vino perdiéndose poco á poco, aunque ahora se haya hecho pública.

El torero que sintetizaba todas las típicas cualidades de nuestro carácter, ha dejado de existir.

La herencia del Tenorio, tal como la comprende nuestro pueblo, se ha perdido.

Y como para muchos será incomprendible que un lidiador resumiera, hasta

hoy, aquellas hermosas cualidades de la altivez española, tan admirablemente pintadas por Tirso en su *Burlador de Sevilla*, preciso es hacer algunas consideraciones sobre este punto.



CAPÍTULO II

Éxito del «Burlador de Sevilla».—El por qué de tal éxito.—Algunas líneas de un estudio sobre el Tenorio.—D. Juan es un tipo puramente español.—La generosidad.—El valor.—Aventuras amorosas.—Lo que se admirará siempre.

EL *Burlador de Sevilla* tuvo tal éxito que, desde su aparición, el personaje de Tirso se impuso en la literatura de todos los países.

¿Es que la fábula tenía tal interés que bastase por sí sola á fanatizar el público? ¿Es que, literariamente considerada,

la producción resultaba una maravilla? No: con ser admirable, el mérito de *El Burlador de Sevilla* no está ahí. Si no tuviese más que eso, la creación de Tirso hubiera corrido la suerte de otras muchas de interesante argumento y hermosa factura que cruzaron con gloria nuestra escena, pero que hoy sólo conocen los que estudian el teatro antiguo.

La obra de Tirso resultó colosal por ofrecer, reunidas en un hombre, todas las cualidades buenas y malas del altivo carácter español, hasta el punto que se dudó de la creación, supúsose que no era hija del genio, sino relato más ó menos fiel de las aventuras de uno de tantos caballeros que en aquella época asombraban por su valor y arrojo, y así morían por su Rey como capitaneaban turbas de bandoleros, y lo mismo burlaban las justicias y hollaban todas sus leyes, que venían á refugiarse en un monasterio, llegando á ser ejemplos de cristiana mansedumbre y muriendo en olor de santidad.

«Nótese bien — dice Felipe Picatoste en

su admirable estudio sobre el Tenorio:— todas las grandes creaciones son verdaderos entes de razón, creaciones fabulosas, abstracciones de la vida, hijas de la imaginación; pero D. Juan Tenorio es para los críticos extranjeros un ser real, un personaje con cuerpo y alma, un hombre, un caballero. Nadie ha tratado de buscar la tradición, la familia y la casa de Fausto, ni de Machbet, ni del mismo Don Quijote, que es la creación más real de la literatura; pero todos los críticos han pretendido descubrir quién fué D. Juan Tenorio, cuál era su familia, cuáles sus hechos, que alguno ha supuesto más asombrosos que los del drama, habiendo quien ha creído encontrarle bajo diversos nombres y tradiciones; quién ha publicado el escudo de armas y quién ha recreado su vista en la espada que manejó su brazo en tantas aventuras.

»Y, en efecto; si D. Juan no fué un caballero que con este ú otro nombre vivió en España; si la tradición no se funda en hechos y aventuras de una persona, nece-

sario es confesar, á lo menos, que es el símbolo de nuestro carácter.»

D. Juan Tenorio, como hace observar W. Heie, es español; «nació en España, y murió en España», y bien puede decirse que sólo en España será comprendido. Cuando ha traspasado la frontera, cuando los extranjeros se han apoderado de él para fundirle en su literatura, lo han bastardeado de tal modo, que convierten en despreciable ó ridículo á «aquél español altivo á quien la sociedad disculpa en gracia de sus triunfos y su donaire».

«Por otras muchas razones—añade Picatoste,—D. Juan es un tipo puramente español, que sólo puede ser comprendido por españoles.

Necesario es, para explicar nuestro pensamiento, emplear gran medida y circunspección en la frase; pero declaremos que España es la patria de todos los Tenorios, y que estos son obra, no sólo de nuestro clima y de nuestra historia, sino de nuestras costumbres y de nuestras mujeres.

La mujer española, de alma ardiente y corazón apasionado, se entrega al amor dejándose arrebatado por completo y poniendo en él cuanto tiene y cuanto posee: su vida y su honra; su pasado, su presente y su porvenir.»

*
* *

D. Juan es todo un valiente, valiente sin afectación, sin fanfarronería; cuenta sus lances como la cosa más natural, no concediéndoles importancia.

Entre todas las cualidades con que Tirso y los demás escritores adornaron al Tenorio, descuella el valor; un valor que no conoce rival ni admite que pueda existir; un valor que le hace desafiar á un muerto, porque cree ver un insulto en un epitafio; un valor que le lleva á levantar la frente para mirar «rostro á rostro» á la imagen del Crucificado, siendo creyente y conservando acerca de la otra vida aquellas supersticiosas y terroríficas ideas de nuestros antepasados; un valor que

no consiente superiores ni en el cielo ni en la tierra, y que lo mismo tiraría de la espada contra su rey y señor, si este se opusiera á sus caprichos, como mataría al Sumo Pontífice si se juzgara por él ofendido, importándole un bledo la condenación eterna, en la que cree á pie juntillas.

Juntamente con el valor, otra cualidad viene á hacer simpático al personaje: el desinterés que siempre guía sus actos; su ningún apego al oro; la facilidad con que lo reparte ó lo juega cuando lo tiene, y lo poco que le preocupa el carecer de él, creyendo firmemente que no ha de faltarle hostelero que le sirva gratis, ni sastre que le niegue una ropilla, dándose por muy satisfechos.

Héle aquí pintado, bajo este punto de vista, en el estudio á que antes me he referido:

«Paga generosamente cuando tiene, y consigue que le sirvan en las hosterías cuando no tiene, lo que hacen los hosteleros por temor y admiración á su per-

sona. No siente apego al dinero, y si yendo á una orgía con sus compañeros encuentra un pobre ciego, le da cuanto lleva, para que rece por las ánimas, quedándose sin un solo maravedí con que ir á la taberna.»

Por último, vienen las aventuras amorosas á complementar el tipo.

Para él no hay clases ni condiciones; «desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca», á todas pone sitio y á todas rinde, empleando en cada caso los medios más pertinentes y el lenguaje más á propósito.

D. Juan no es un vicioso; si sus conquistas amorosas fuesen producto del vicio, nadie las viera con agrado: son hijas del deseo, son consecuencia natural de un temperamento ardiente, apasionado, exuberante de vida, lleno de vigor. Por eso se le disculpa; por eso se le admite en la escena; por eso se le admira, se le envidia y nunca se le aborrece.

Al verlo, todos los españoles se sienten Tenorios.

No hablo de algunas cualidades de D. Juan, como las que se rozan con la religión, porque vienen á ser secundarias y ofrecen cierto carácter de época, sólo en ella apreciables, en tanto que las otras se admirarán siempre.

Todas estas cualidades del Tenorio, en las que es preciso fijarse muy especialmente para explicar lo que el torero ha significado en España, entusiasmaban á nuestro pueblo.



CAPÍTULO III

Hechos punibles que se disculpan.—Un Tenorio de Cervantes.—Los nobles en los siglos XVI y XVII.—Ellos sintetizaban el tipo de D. Juan.—La fiesta de toros en aquel tiempo.—El Tenorio en la plaza.

LA mayor parte de los hechos realizados por el *Burlador* eran punibles, caían bajo la acción de los jueces, y, sin embargo, nadie hubiera entregado á D. Juan á los tribunales, porque el pueblo veía sancionado por las costumbres aquello que la ley consideraba penable.

Tanto encajaban aquellas aventuras en

la manera de ser de los españoles, que cuando los grandes ingenios trazaban el tipo de D. Juan, lo ponían siempre rodeado por la admiración de aquellos que debían castigarle.

Cervantes, en su *Rufián dichoso*, presenta una figura que describe así uno de nuestros primeros escritores:

«Rebelde é inquieto, protege á las mujeres más libres de Sevilla; las pependencias le atraen, el peligro le llama, y cuando sabe que llevan preso á un guardador de mancebas, corta una escena entre el inquisidor, que le reprende sus vicios, y Antonia, que le da sus quejas, para correr presuroso á librar á su amigo de las garras de los corchetes.

»Armado siempre de daga y troquel, lleva consigo el escándalo; los estudiantes y la canalla le temen y le respetan, cumpliendo sus órdenes. Riñe, juega, hiere, mata, vence, triunfa, y es el héroe de toda la gente inquieta de Sevilla.

»Pero los mismos alguaciles, que llevan requeridas órdenes de prenderle, decla-

ran ante el Inquisidor que no roba, ni siquiera hurta capas de noche, costumbre aun de nobles en aquella época.»

Cervantes, naturalista como ninguno, llevaba á la escena hechos reales y bien conocidos entonces.

*
* *

Eran los nobles los que sintetizaban el carácter español en los siglos xvi y xvii; los que, en más ó en menos, todos tenían las cualidades que Tirso dió al *Burlador de Sevilla*; los que reclutaban y mantenían soldados para la guerra; los que se batían en los torneos; los que lidiaban toros, pagando la fiesta de su bolsillo y llevando su arrojo hasta lo increíble.

En aquella espantosa decadencia de España, bajo la dinastía austriaca, cuando el Conde-Duque de Olivares sólo podía reunir doce hombres para su compañía coronela, y Felipe IV no encontraba soldados que le acompañasen á Cataluña;

cuando las deserciones se contaban por cientos, y por huir del servicio militar se cometían toda clase de bajezas, los caballeros daban de día en día más pruebas de valor, buscando constantemente ocasión de poderlo ejercitar.

Ellos sintetizaban el tipo del Tenorio; ellos eran los admirados del pueblo, que les rendía vasallaje. Y los asaltos á las rondas; las cuchilladas á diario, en plena calle; las aventuras amorosas; los raptos de las doncellas, que eran entonces moneda corriente, convertían en *Burladores* á todos los caballeros; daban personalidad tangible, permítasenos la frase, á la creación de Tirso, hasta el punto que muchos, como Calderón de la Barca, que consagraron parte de su vida al sacerdocio, siguieron en sus mocedades aquella corriente aventurera, anduvieron á cuchilladas en el centro de la villa, enamoraron mujeres, se batieron en la guerra, persiguieron corchetes, vapulearon plebeyos, y no repararon en entrar, á las altas horas de la noche y con el ensangren-

tado acero en la mano, á pedir refugio en un convento de monjas.

Pues bien; aquellos Tenorios fueron los que conservaron el arrogante, más aún, el grandioso carácter español; y cuando, como ya he dicho en otra parte, la casa de Austria acabó con todo lo levantado y digno de este país, aquellos nobles conservaron el sello típico de nuestro carácter en las fiestas de toros, y fueron los guardadores de un legado que la desventurada dinastía de los Felipes estuvo á punto de perder.

Y como nada determina mejor el carácter de un pueblo que sus fiestas públicas, el del nuestro lo pintaban las de toros. Allí estaban como actores los Tenorios, asombrando por su valor y su desprendimiento, gastándose en el atavío propio y el regalo ageno lo que quizá no tenían, derrochando en colaciones, meriendas, vestidos para las damas y mosto para el pueblo toda su fortuna, sin preocuparse lo más mínimo del mañana.

Es decir, que en aquellos espectáculos

puramente españoles, cada *torero* era una personificación del Tenorio, y el entusiasmo y la admiración del público se inclinaban siempre por aquel que más completas reunía las cualidades del D. Juan.



CAPITULO IV

Al advenimiento de los Borbones.—Quién heredó las típicas condiciones del D. Juan.—Los ídolos del público no tienen vida privada.—Qué toreros eran los más populares.—A qué obedecía su popularidad.—Pepe-Illo.—Sus condiciones personales.—Bellón „El Africano”.—En nuestros días.

Es sabida, y no voy á insistir sobre ella, la crisis que sufrió nuestro espectáculo al advenimiento de los Borbones.

Los altivos nobles castellanos de los siglos xvi y xvii dejaron en pos de sí una nobleza viciosa, corrompida, cobarde,

como si el imbécil Carlos II la hubiera contaminado y el raquitismo físico y moral del Rey llegase hasta ella; una nobleza que cuando, por seguir la tradición y las costumbres, se ponía al frente de los toros, evitaba los *empeños de honor* con más afán que sus antecesores ponían en provocarlos.

Sabido es también que la Casa de Borbón, incapaz de comprender la fiesta de toros, y desprovista de aquellas cualidades propias únicamente de caballeros españoles, vino á dar el golpe de gracia al espectáculo de la nobleza.

Y entonces fué cuando el pueblo lo hizo suyo; los que antes figuraban en las corridas como partes accesorias y sin importancia, vinieron á ser los principales, y tuvieron ascendiente y dominio sobre la multitud.

Ellos heredaron las cualidades del Tenorio, que, si bien modificadas por las costumbres, conservaban siempre su esencia; ellos eran los *Burladores* de la tradición, con la misma admiración pública é

idéntica simpatía hacia sus actos; ellos demostraron valor excesivo, desinterés por el oro y afición á las amorosas aventuras.

Por eso los aplaudía el público; por eso los admiraba; por eso les dió bien pronto esa especie de soberanía, tan difícil de conquistar como fácil de perder.

Es un error suponer que el hombre público sólo se vé juzgado por los hechos que públicamente realiza: el que llega á subyugar al pueblo y á ser su ídolo, no tiene vida privada; hay tal afán por conocerle, inspiran tanto interés todos los detalles relativos á su persona, que nunca permanecen ignorados; bien pronto se exteriorizan, llegan al dominio de todos, é influyen poderosamente en el prestigio ó desprestigio del héroe popular.

Desde que comenzó la fiesta de toros con su actual carácter, fueron más aplaudidos y admirados, tuvieron mayores simpatías entre el público los toreros que mejor sintetizaban el reformado tipo de D. Juan.

Y así ha sucedido hasta nuestros días.

Si la vida privada no influyese, si sólo pesaran en el público los hechos realizados á su vista, el más valiente, el más arrojado, el más hábil hubiera tenido las mayores simpatías. Y no las tuvo.

Si solamente el arrojo fuera el que llevase el favor de las masas, se recordaría más á *Martincho* que á Pepe-Illo; porque, con ser el diestro sevillano valiente hasta lo sumo, no hizo más que otros que le habían precedido y muchos que le siguieron; mientras que *Martincho*, al torear con grillos en los pies, llegó donde nadie ha llegado todavía; tanto, que si algunas aguas fuertes de Goya no dieran pruebas irrecusables del arrojo de aquel hombre, creeríamos pura fábula lo que de él se cuenta.

Si el valor fuese la única nota para obtener popularidad, antes que el torero la tendrían los domadores de fieras, y los funámbulos, que sobre una maroma atraviesan el Niágara, y los que, asidos á un débil trapecio y entregándose á un globo

mal construído y peor inflado, se lanzan al aire; porque, no hay duda, estos ejercicios son más arriesgados que los del toreo, como lo prueba el número de víctimas, infinitamente mayor que las causadas por los toros.

Nunca fué el arrojo exclusivamente, ni la habilidad en su profesión, lo que determinó la fama de un torero.

Buen ejemplo nos ofrece el mismo Pepe-Ilo.

Ninguno alcanzó tanta popularidad; de ningún otro se habló tanto; con su nombre se han hecho novelas, estudios literarios, zarzuelas; y muchos y muy buenos escritores de nuestra patria tomaron la figura de Pepe-Ilo siempre que de pintar las costumbres de su época se trató.

Y, sin embargo, Pepe-Ilo distó mucho de ser un gran torero. Como valiente, aunque fué hasta lo temerario, no tuvo el brutal arrojo de *Martincho*: como lidiador, ni recibió toros á lo Romero, ni creó suertes, á semejanza de Costillares, ni en-

riqueció la tauromaquia con ningún adelanto.

Firmó un arte de torear que no había escrito, y vino él á dar, con su vida, un triste mentís al primer artículo de su obra.

¿Á qué se debe, pues, la popularidad de Pepe-Illo, llegada al colmo con la desaparición de Pedro Romero, con quien, dicho sea de paso, nunca pudo luchar en la plaza?

Se debe á que reunió todas las condiciones distintivas de nuestro carácter, á que fué el verdadero D. Juan de la época.

No admitió que nadie le sobrepujara en punto á valor, ni en el ruedo ni fuera de él: allí quería practicar lo que otros hacían, aunque no tuviera ni sus facultades ni su saber, y cada cogida dábale nuevos bríos y más desprecio á la muerte.

Bastó que Romero le indicase la inconveniencia de torear, como lo estaba haciendo, una de las reses jugadas en la corrida con motivo de la jura de Carlos IV, para que Illo se aferrase más y más en su

descabellada faena, arrancándose á matar donde el toro tenía todas las ventajas. Lo que sucedió, es bien sabido; el imprudente espada sufrió una terrible cogida, y Romero tuvo que estoquear á la res.

Fuera del circo no consentía á nadie echárselas de *guapo* donde él estaba, y nunca dejó sin contundente correctivo cualquier frase que él creyese un insulto para sí ó para las personas de su intimidad.

En cuanto á desinterés, no se conoció más grande.

A su lado no había pobres; gastaba cuanto tenía; era rumboso hasta la exageración, y si al cobrar una corrida se llegaba á él un verdadero menesteroso, dábale lo cobrado y vivía del crédito hasta la corrida siguiente.

Gustaba de vestir con lujo, y tenía acerca de su figura un alto concepto que le confirmaban sus aventuras amorosas.

Con las que de él se cuentan, con el número de mujeres de todas clases, es-

pecialmente las elevadas, que rindió, con los amoríos que le achacan, había para hacer un *Burlador* del siglo pasado.

A tal punto llegó su fama, que aun á pesar de no ser un excelente lidiador, su nombre sintetiza hoy el toreo, y generalmente se llama el arte de Pepe-Illo á la lidia de reses bravas.

Es decir, que dejó en la profesión un nombre conquistado por sus cualidades de D. Juan; sucediendo aquí algo semejante á lo que en la estética ocurre: se habla poéticamente del canto del cisne, que es un graznido, sólo porque el cuello del ave en cuestión puede servir de modelo en punto á graciosas curvas.

Antes que Pepe-Illo, Manuel Bellón (*el Africano*), y después Juan Pastor, dejaron un nombre en la tauromaquia por iguales motivos.

La vida del *Africano* tiene mucha semejanza con la de *El Burlador de Sevilla*; Bellón, como D. Juan, no admite rivalidades ni consiente superiores en punto á valor: derrocha, reta, mata en desafío, y

cuando, por burlar la justicia, tiene que huir del teatro de sus hazañas, se refugia en América y allí sigue su vida aventurera.

Aún pesaba sobre él la condena cuando regresó á Sevilla, y nadie se atrevió á delatarle; los grandes por miedo, y los chicos por admiración á su persona.

¿Qué hizo Bellón como torero para obtener aquella popularidad? Exceptuando lo que á la jineta se refiere—y admitiendo sin discutir que él iniciase el toreo de temerario arrojo, nota saliente de aquel tiempo—nada que antes no hubiera practicado Francisco Romero y después *Martincho*.

Cuando, los que de toros hemos escrito, buscamos algún punto concreto que á la brega de Bellón se refiriese, sólo hallamos esas generalidades que se han dicho de casi todos los que consiguieron gran popularidad.

La de Manuel Bellón se la dieron más sus condiciones personales y sus aventuras, que su mérito como lidiador.

En cuanto al *Babero*, fué una de tantas medianías cuya memoria borran pronto los años. Si hoy se le cita, si su nombre figura en los anales de la tauromaquia, lo debe á su rumbo, á su donaire, á su generosidad, á todo menos á su trabajo como lidiador.

Y henos ya en nuestros días en frente de esos dos colosos que se llamaron *Lagartijo* y *Frascuelo*, y á quienes el espíritu de la época llevó á abrir la brecha que hoy descubre *Guerrita*.



CAPITULO V

Dos co'osos de la tauromaquia. — «Lagartijo». — «Fras-cuelo». — Por qué tuvo siempre más simpatías Rafael. — En ellos muere el tipo de torero. — Al dejar la arena.

No voy á repetir lo que tanto se ha dicho; no voy á engolfarme en enojosas disquisiciones sobre la célebre competencia entre Rafael y Salvador, que señaló el apogeo de la fiesta de toros en nuestros días; pero sí haré algunas observaciones acerca de este asunto, por qué los dos espadas conservaron el tipo de torero español hasta

algunos años antes de abandonar la arena, y el público vió sintetizadas en ellos aquellas tradicionales condiciones de que vengo hablando.

Al perderlas en la última etapa de su vida pública, digámoslo así, desapareció el torero como lo concibe aquí la fantasía popular, y como debe ser, si algo más que un espectáculo significa nuestra fiesta.

Razones fáciles de comprender, tratándose de hombres que viven, me obligan á dejar á un lado todo lo que á cierta clase de aventuras se refiere; citaré, exclusivamente, otras condiciones que con aquellas hicieron siempre del lidiador un héroe popular.

*
* *

Rafael muestra, desde muy niño, un valor y arrojo nada comunes. A la edad en que otros muchachos viven pegados á las faldas de su madre, él asiste á capeas y lidia reses consentidas y resabiadas, que infundirían respeto á hombres ya duchos

en la brega: de mozalbete, escala, por la noche, las tapias del Matadero, y en él, sólo, se lía á capotazos con bichos bien poco lidiables; sufre severos castigos de sus mayores, se ve despojado de su plaza en aquel establecimiento, aguanta privaciones, arrostra la miseria y no cesa en sus propósitos.

Hay algo en su naturaleza que le incita á buscar el peligro y desafiar la muerte.

No es pendenciero ni provocativo, pero no aguanta que nadie le insulte; y cuando alguien, alto ó bajo, trata de imponérsele, sabe siempre castigar.

Nada teme, ni concibe el miedo. Se le ha visto en una de las plazas de cierta provincia española, donde el valor y el poco aguante de sus moradores son proverbiales, abofetear á cierto mozo de mulas, que cobraba el barato entre los suyos y tenía fama de matón, porque se permitió alzarle el grito; y cuando, terminada la corrida, el *guapo* trató de agredir á *Lagartijo* en la puerta de la fonda, Rafael le agarró por el cuello, y allí aca-

baran los días de aquel *valiente* si no se lo quitasen de las manos.

Cuando la autoridad de algún pueblo trató de imponer arbitrariamente la suya, en materia de toros, Rafael hizo lo que creía oportuno, sin importarle un bledo ni el enojo del proceder ni las iras del populacho.

En la plaza quiso ser dueño y señor, y no sufrió que nadie demostrara más arrojo. Del suyo y su temeridad dan fe sus muchas cogidas.

¿Era todo esto preconcebido, lo hacía por tener más nombre y con él más corridas y más dinero? ¡Qué disparate! *Lagartijo* obraba así por temperamento, por vocación, porque á ello le arrastraba su naturaleza, porque había nacido torero, en toda la extensión de la palabra.

¡El dinero! No pensaba en él: lo derrochaba á manos llenas; nunca supo negárselo á nadie; no tenía nada suyo.

Llevaba ya muchos años de matador, era el niño mimado del público, ganaba lo que quería y no guardaba una peseta.

Un día sabe que otro torero—retirado de la lidia por un accidente sufrido en ella—se halla en gravísimo apuro, que van á embargarle cuanto tiene, y sale precipitadamente, dejándolo todo, para la ciudad donde reside su compañero; paga la deuda, que no era floja, y riñe luego con él por no haberle participado su situación, porque, conociéndole, no le avisó; porque, sabiendo que *Lagartijo* vivía, le hizo el desaire de olvidarlo, entregándose, de hoz y de coz, en poder de la curia.

Este y otros rasgos de *Lagartijo* no permanecen ignorados á pesar de que él á nadie los dice, y su popularidad aumenta y el público le idolatra, y, como dice un distinguido taurófilo, se le aplaude desde que empieza á vestirse hasta que se mete en la cama.

Salvador, que como espada y como torero llegó donde pocos llegan; que (como ya he dicho en otra ocasión, y he de repetir aquí) quería toros; que llevaba su arrojo á lo increíble; que contaba con

fortuna suficiente para vivir tranquilo y salía al ruedo como si nada poseyese, como si tuviera que ganar el primer duro; que al verle creeríase que no era conocido y tenía que conquistar un nombre y una reputación; que todas sus aspiraciones las cifraba en el redondel; que cuando no toreaba no era el mismo hombre, le faltaba algo, sufría la nostalgia del circo, como el emigrado la de la patria, y hubiera sido capaz de trabajar gratis si la cuestión de estipendio no señalase, en cierto modo, la categoría del matador; que aspiraba á quedar siempre como bueno, y cuando algún toro no le permitía airosa faena se desesperaba, y en aquel instante hubiera aniquilado desde el ganadero hasta el último manso de la vacada; que para decidirse á acabar malamente con una res era preciso que aquélla fuese imposible, que no hubiera medio de enmendarla, y sólo el de deshacerse de ella de cualquier modo; Salvador, con todas estas condiciones, rivalizando en la plaza con Rafael, teniendo muchos y muy

fervientes partidarios, no llegó á fanatizar al público como lo fanatizó *Lagartijo*, y hubo temporadas que dejó la plaza de Madrid por no poder aguantar que mientras á él, para conseguir un aplauso, le fuese preciso entregarse á los toros, su rival los obtuviera solamente con ponerse delante de ellos.

Era indudable: *Lagartijo* sintetizaba mejor que *Frascuero* el ideal del público; por eso le quería más.

Uno y otro perdieron en sus últimos años de lidiadores ese generoso desinterés peculiar del torero. Salvador, antes que Rafael, pensó en su familia y en sí propio; trató de asegurarse una renta, fué exigente en sus contratas, aprovechó todos los medios de hacerse pagar más por su trabajo y pensó en el mañana.

Lagartijo le imitó más tarde, obró exactamente lo mismo que *Frascuero*, y los dos causaron una herida de muerte al hermoso tipo del lidiador, que resumía, reformadas por las costumbres, las altivas cualidades del D. Juan.

Pero no se retiraron á los siete años de matadores; no huyeron de la plaza en plena juventud; no se marcharon al tener segura una pingüe renta; conservaron afición á los toros; guardaron hasta el último instante pasión por la fiesta; no pudieron desprenderse, en absoluto, de todas aquellas cualidades del torero, que les hicieran elevarse y brillar, convirtiéndolos en ídolos y llevándolos de continuo como héroes que regresan á su patria después del triunfo.

Cuando dejaron la arena fué porque materialmente no podían con los toros. Y aquella tarde ¡quién lo duda! fué la más triste de su existencia.



CAPITULO VI

Cómo vestían y cómo visten los toreros.—En la Carrera de San Jerónimo.—Creencias erróneas.—El ganado que hoy se lidia.—Los frontones.—El juego de pelota no puede ser un espectáculo.—Su ninguna influencia en contra de las corridas de toros.—La pretendida falta de toreros.

SERÁ casualidad, pero es lo cierto que al perder los lidiadores las hermosas cualidades del torero español, dejaron de vestir en la calle con aquel lujo que les distinguía. Nada de airosas chaquetillas de terciopelo, ni de

fajas de rico crespón bordado, ni de gracioso calañés.

Diríase que se avergonzaron de llevar el distintivo de un carácter que ya no representaban, y quisieron confundirse, plásticamente, con la turba multa, ya que moralmente poco ó nada les distinguía.

Al clásico traje corto substituyó una amalgama ridícula, que nada dice y es la negación de toda estética. Una vestidura entre la del chulo y el caballero, entre el señor y el patán, reemplazó á la característica de los lidiadores.

Hace algún tiempo, cuando la Carrera de San Jerónimo, en los días de Jueves y Viernes Santo, rebosaba mujeres hermosas que, so pretexto de visitar los Sagrarios, paseaban allí, luciendo valiosas mantillas de encaje y soberbios vestidos de seda, los toreros que habían de comenzar la lid en la próxima temporada, acudían á aquel sitio, se situaban en la acera, y hacíase imposible transitar por donde ellos estaban.

Cercábales un corro de gente, que los

miraba con admiración y entusiasmo, tal vez con envidia; aquellas hermosas mujeres los contemplaban también, al pasar, y más de cuatro se sentían orgullosas con el requiebro de unos hombres valientes, decididos, enamorados, rumbosos, que muy pronto iban á jugarse la vida y que no se asemejaban ciertamente á los que ellas trataban de continuo.

Hoy, los toreros que pasan por aquellos sitios en días análogos, nó excitan, ni pueden excitar, la admiración de nadie. A lo sumo la de algún mozalbete curioso que tiene afición á la lidia y ve un Montes en cada novillero.

*
* *

Se habla de la decadencia de nuestro espectáculo por falta de toros y de toreros. Nada más distante de la verdad.

Nunca los toros fueron mejores que los corridos en estos últimos años. El que esto escribe ha tenido la curiosidad

de leer cuanto á nuestras corridas se relaciona, desde principios de siglo hasta nuestros días; ha hojeado las noticias del *Diario de Madrid*; ha visto los documentos que constituyen el valioso archivo de D. Luis Carmena, adquirido por la Biblioteca, y puede asegurar que en ninguna ocasión los toros fueron mejores que los de ahora, y que hoy, en este asunto, el público exige infinitamente más que entonces exigía.

Se ha dicho que los frontones habían determinado un decrecimiento en la afición á los toros. Jamás el frontón pudo ni podrá luchar con la plaza.

El juego de pelota no es un espectáculo, ni lo será nunca, aunque así se anuncie y aunque de este modo se le considere.

A la pelota juegan en todas partes; no hay pueblo, por insignificante que sea, que no tenga un frontón; todos los mozos del lugar saben manejar una pala ó mover una chistera.

Dar la categoría de espectáculo á lo

que hace la mayoría de las gentes, á lo que, en una ó en otra forma, se ve en todas partes, es absurdo; tanto valdría llamar espectáculo al juego de bolos, al de barra, y á otros mil que sirven de solaz, en los días de fiesta, á los habitantes de pueblos y villorrios.

¿Dónde se vió un espectáculo sin música?

Desde las barracas de feria hasta los grandes coliseos, la música forma parte de toda función.

En los frontones no cabe.

Pero, aun admitiendo que en aquel corral elegante, con sus sillas, sus gradas, sus palcos, pueda verificarse un espectáculo público, ¡qué antipático resulta! Aquellos paredones grises, que tienen no sé qué semejanza con los del patio de una carcel; aquellos hombres—lisiados algunos—que se presentan ante el público casi casi en paños menores, y que allí, á vista del espectador, se mudan las deshechas y sudadas alpargatas y se limpian como pudieran hacerlo en una case-

ta; aquel no sé qué de clandestino que tiene un juego donde la mayor parte de los concurrentes lleva consigo la maldición de sus familias, porque éstas saben que de allí puede venirles la miseria... ¡cómo ha de competir esto con la fiesta de toros! ¡Cómo ha de influir, ni en poco ni en mucho, en su decadencia!

Los frontones son algo así como *Círculos de recreo* en los que se juega autorizadamente, donde los *puntos* tienen menos garantías que en cualquier garito, y donde la *banca*—que la constituyen los pelotaris,—puede impunemente *tirar el pego*.

Y de que lo tiró más de cuatro veces, pruébalo esa palabra *tongo* que corre de boca en boca, y aun de periódico en periódico, como la cosa más natural del mundo; y pruébanlo también ciertas improvisadas fortunas hechas á costa de los aficionados de buena fe.

¿Y eso queréis señalar como influyente en nuestras corridas? ¡Qué disparate! Arrancad de cuajo lo que de chirrata pue-

den tener los frontones, y veréis lo que queda.



Atribuir la decadencia de nuestro espectáculo á la falta de toreros es igualmente absurdo.

Los que tal dicen ignoran las vicisitudes por que las corridas han pasado en España.

¡Cuántas veces, en la primera temporada, hubo que dejar sin toros al pueblo de Madrid, porque no había lidiadores! ¡Cuántas veces se le dijo que: «estando el célebre espada Francisco Montes en provincias, y no pudiendo tomar parte en la corrida del lunes, se suspende ésta», por no contar la empresa con toreros de cartel!

Y cuenta que por aquel entonces un Párraga, y otros por el estilo, constituyeron la base de algunas corridas.

Sin embargo, el público acudía á la plaza; y la fiesta, aunque en aquellos días

no resultase hermosa, aunque por entonces sufriera una de tantas crisis inevitables en todo espectáculo, no por eso marcó su decadencia; el pueblo lo presenciaba y era benévolo con los matadores, en quienes veía siempre las cualidades del torero español.

Desde la retirada de *Frascuero*, y antes que hiciera la suya *Lagartijo*, fué moneda corriente atribuir el despego del público por los toros á la falta de lidiadores.

Y ese despego se manifestaba bien claramente. En las dos ó tres primeras corridas de la temporada, el circo ofrecía un brillante aspecto, después, rara vez se ocupaban, ni con mucho, todas sus localidades.

Y allí estaba Rafael que, aunque ciertamente había perdido mucho, aunque no era el Rafael de la famosa competencia, resultaba siempre el torero extraordinario que tanto se hizo aplaudir, y que todavía en sus últimas temporadas quedó mucho mejor que en otras anteriores, cuando nadie hablaba de decadencia ni

pelotaris. Si no, ahí están las revistas de toros, de una y otra época, que no me dejarán mentir. Allí estaba también Mazzantini practicando la suerte del volapié como pocos la han hecho y metiéndose en quites con asombrosa valentía; estaba el *Espartero*, cuyo arrojo y temeridad le dieron muchos y muy entusiastas partidarios; estaba *Cara-ancha* que sabía torear, que cambiaba admirablemente y que tenía un buen nombre como torero, y, sobre todo, estaba *Guerrita*.



CAPÍTULO VII

Guerra.—Lo que resulta como lidiador.—Faenas asombrosas.—La principal figura del cuadro.—Exigencias del público con este espada.—A qué se debe la relativa indiferencia del público hacia nuestro espectáculo.

GUERRA, ¡por qué no decirlo!, ha sido el lidiador más completo de nuestros días; y no voy más allá, porque no quiero que los aficionados antiguos salgan con su eterna muletilla de Montes y Redondo, y me pongan la, para ellos, irrefutable razón de que no puede

hablar del trabajo de un espada quien no lo ha visto.

No quiero discutir, aunque bien pudieran contestar á este razonamiento las revistas y escritos de los años en que Redondo y Montes cosechaban más aplausos

Pero dejemos lo antiguo y vengamos á lo del día.

Guerra es un torero excepcional, un fenómeno: así le califica la afición y así resulta.

Ha fusionado el admirable toreo de Rafael y el arrojo de Salvador; ha tenido la *vista* de *Lagartijo* y la decisión de *Fras-cuelo*; ha quebrado como nadie, poniéndose en la misma cuna, alegrando al toro hasta en su propio terreno; ha buscado dificultades en la lidia para que, al vencerlas, resaltase más su trabajo de lidia-dor. Si el público pidió que pareasen los espadas, él fué siempre el último, cuando ya el toro *sabía*, cuando no se arrancaba francamente, cuando conocía por dónde había de salir el banderillero: y en estas condiciones, no se contentó con poner los

palos de frente, quedando bien, sino que marchó solo al bicho, se lo arregló, jugó con él, hizo más y más difícil la faena, y cuando, cansado de burlar al toro y de *enseñarle* quiso concluir, cambió los terrenos, buscó aquél en que el bruto pesaba más, en el que tenía todas las ventajas, y luego marcó el par por un lado y en la misma cabeza, enmendó la entrada, y clavó por el opuesto.

Guerra ha recibido toros á toda ley, digan lo que quieran los *antiguos*; ha marcado con precisión los tres tiempos de la suerte; ha dado así estocadas que han partido la *herradura*; ha dominado de tal modo á las reses, que, al verlo, creeríase que las hipnotizaba. Para él nunca hubo toros difíciles.

Aún recuerdo uno que mató en la plaza de San Sebastián hace muy pocos años.

Salió el animal con terrible poder y una cobardía en consonancia con aquel empuje. En cuanto tomó la primera vara, no hubo medio de hacerle entrar á los

picadores. Se emplazó, y no arrancaba más que á cojer.

Cuando llegó el momento de adornarle el morrillo, los peones del Guerra salieron á quemar á aquel *pregonao*. Fué imposible entrar de frente, y se acudió á la media vuelta; pero al primer par se entablero el bicho, y no hubo forma humana de meter los brazos. Al sentir los pasos del banderillero, volvíase repentinamente, se arrancaba como una exhalación, y perseguía al torero hasta la barrera.

Se había apoderado de toda la cuadrilla. Todo el mundo, como vulgarmente se dice, andaba de cabeza.

Yo no sé cuantos pares de banderillas se quemaron en la arena sin lograr prendérselas al toro.

La faena se hacía interminable.

El Presidente agitó el pañuelo; tocaron á matar, y salió Guerra.

El toro, encastillado en las tablas, se defendía, alargaba el pescuezo, buscaba el bulto, y tenía, en fin, cuantas pésimas

condiciones pueden azarar á un matador.

Guerra le mete el trapo en la cara, le obliga á salir de la querencia, le abrumba á telonazos, le cuadra, y, en un segundo de quietud del bicho lo echa á rodar con una soberbia estocada hasta la bola, de las que matan como mata la chispa eléctrica.

Y tales faenas las ha repetido muchas veces.

Ese conocimiento de los toros, esa *vista*, esas facultades, esa agilidad, esa alegría, no sólo compatible con el espectáculo, sino indispensable allí, le ha hecho ser la principal figura en cuadros hermosos que él mismo creaba; y ora se le ve quitando sosegadamente á un toro una puya que lleva clavada en los rubios y que nadie pudo sacar, ó ya se le admira sentado en el estribo frente á una res, á la que dió soberbia estocada, y la cual res se arrodilla y muere delante de aquel hombre extraordinario.

Y á pesar de todo, con ser tanto el

mérito de *Guerrita*, no alcanzó nunca las ovaciones de *Lagartijo*. Las tuvo, sí, grandes, estruendosas, frenéticas, porque el arte y el valor se admirarán siempre y provocarán el entusiasmo; pero nunca arrebató al público hasta el límite que lo hizo Rafael.

Nunca se le ha dispensado nada; con nadie se mostró el público tan exigente; ningún torero fué más discutido. Si recibía toros, se le censuraba: aquéllo no era así, echábase fuera de la suerte, no la consumaba; Redondo clavaba los pies en la arena y no los movía hasta que el bicho estaba en manos del puntillero. Si se adornaba en banderillas ó en quites, decíasele que la cosa no era seria, que más parecía trabajo de gimnasta que faena de lidiador. Si pasaba *por bajo* algún toro que *engallaba*, criticábanle la brega diciendo que no era fina, que á nadie se vió barrer así el suelo con la muleta. Si se arranca'ba á matar aprovechando, y tirándose lejos, á un bicho incierto y con facultades, aunque consiguiera una buena estocada, no

se le aplaudía, porque aquello era matar toros por sorpresa, *eléctricamente*, sin parar, ni hacer «lo que el arte manda».

¡Dichoso arte, que todo el mundo cita y nadie conoce!

Y si esto pasaba con Guerra, puede calcularse lo que sucedería á los demás.

Quizá alguno arrancó aplausos superiores á sus méritos; pero eso duró poco; los antagonismos, las rivalidades que los motivaron concluyeron pronto, y el público volvió á su habitual actitud.

Si algunos años antes, en la época de los Párragas, el espectador hubiera visto en la arena toreros como los que dejo citados, de fijo señala á aquel tiempo como el de la edad de oro de la tauromaquia.

¿A qué obedece esta relativa indiferencia del público? A que los actuales lidiadores no representan el tipo tradicional de nuestros toreros; á que sabe que éste pugna por completar los miles de duros que le faltan para reunir cierta renta, y sólo trabajará el tiempo necesario á conseguirla, cifrando en esto, y sólo en esto,

todos sus afanes; que aquél se mete á empresario, contrata espectáculos por su cuenta y no omite medio, honrado siempre, eso sí, de acrecentar su fortuna, para retirarse del toreo; y que todos, más ó menos, tienen el ahorro por base y la riqueza por único incentivo.



CAPÍTULO VIII

El tipo de D. Juan y el del torero.—Su cuna.—Cuándo deja de admirárseles.—El celibato del Tenorio.—La familia del torero.—Lo que el público no concibe.—El espectáculo en la estética, pero no en la poesía.—Absurdos.—El tipo del torero desaparece para siempre.—Consecuencia de la mal entendida civilización.—Ligeros apuntes biográficos de „Guerrita” —Ratificación de lo dicho.

DESAPARECIÓ de España el tipo del D. Juan, sintetizado en *El Burlador*, y andando el tiempo, ni aun se creerá que haya existido: para dar á la obra de Tirso de Molina todo su alcance y toda su significación, será preciso

estudiar la época en que fué creada. Cuanto más se alejen nuestras costumbres de aquellas á cuyo influjo Tirso retrató un joven de su tiempo, más incomprendible vendrá á ser el carácter del Tenorio.

El tipo del torero ha desaparecido también.

Los dos tienen por cuna la hermosa región de Andalucía: en aquel país, último baluarte de los moros en España; en aquella tierra de fuego, donde existen las mujeres más ardientes y apasionadas del mundo; con aquella naturaleza medio-morisca, medio cristiana; mezclada en sus venas la sangre de los que defendieron la media luna y los que combatieron por la cruz, godos por su origen y árabes por temperamento, aparecen en escena el Tenorio y el torero.

Los dos viven admirados, cada uno por su estilo, mientras sintetizan el altivo, temerario y generoso carácter español.

Los dos pierden su importancia cuando dejan estas cualidades.

El D. Juan de Tirso vivió mucho tiempo: ese mismo D. Juan, sin aquellas condiciones, murió en seguida.

D. Juan no tiene familia: todo lo que en él arrastra y subyuga no lo admitirían los sentimientos del público si detrás del temible calavera hubiese una madre llorando los extravíos de su hijo, ó una esposa víctima de aquella serie desenfrenada de aventuras.

Para el público, el lidiador tampoco tiene familia. Si Tirso viviera hoy y llevara á la escena el tipo del torero, como llevó el del Tenorio, lo haría célibe.

El pueblo explica y vé lógica la influencia de la familia en hombres que ejercen cualquiera otra profesión; pero no se acuerda nunca que el torero tiene una casa y un hogar, mujer é hijos. Si se acordara, no le azuzaría incesantemente para que llevase su arrojo al último límite; no le llamaría cobarde, ni le lanzaría toda clase de insultos cuando le ve tibio ante la fiera y deseando quitársela de enmedio, malamente, por conservar la vida,

Si el público pensase en aquel momento que sus excitaciones y sus insultos podían dejar á una mujer viuda y á unos hijos huérfanos, no los dirigiría.

Concibe al cantante ayudado por su mujer antes de salir á las tablas, y la ve en el cuarto del artista, para compartir las ovaciones ó mitigar con sus consuelos los desastres.

Concibe á la mujer del gimnasta esperando que éste concluya sus ejercicios. Concibe á la del médico, el abogado, el escritor, *et sic de ceteris*, aconsejando á su marido, incitándole á que economice, á que reuna un capital que les permita vivir con desahogo; pero no puede imaginarse á la mujer de un matador influyendo en sus decisiones, hablando de economías y de réditos, de exigencias en las contratas, de trabajar ó no en determinados circos, de lidiar estos ó los otros toros, de que abandone el diestro la profesión cuando así convenga á sus intereses.

El cuadro de la mujer del torero que enciende dos cirios á la Virgen y reza de-

lante de ella todo el tiempo que dura la corrida, es muy poético, muy ideal, servirá al novelista para una creación romántica; pero no lo ve el público.

La fiesta de toros, viril, grandiosa, bella en medio de su barbarie, podrá resultar, y resulta en muchas ocasiones, esencialmente estética; pero no llegará nunca á los dominios de la poesía.

*
* *

Pensar en el acrecentamiento de la renta; hablar de *cubas*, de *cuatros*, de *cédulas*, de préstamos, de colocación segura del capital, y tener que jugarse la vida á cada momento, es absurdo.

Tratar de *hacer* el mayor número posible de corridas, sin más fin que el de aumentar la fortuna, no es de torero. Podrá éste, cuando la fiesta principia, acordarse solamente de que está ante un público que paga y al que es preciso contentar; podrá el amor propio influir en el diestro con más fuerza que otras conside

raciones; pero hay derecho á suponer que cuando tanto se piensa en el mañana, ha de olvidarse el hoy y se ha de hacer menos de lo que razonablemente debiera exigirse.

¿Es que pretendo convertir á los lidiadores en seres excepcionales que lleven la abnegación y el desinterés hasta el punto de trabajar por la gloria, derrochar estúpidamente lo que ganan con tanto riesgo y tener que vivir de la caridad pública cuando sus facultades ya no les consientan ponerse delante de los toros? ¡Qué desatino! ¿Quién ha de pensar semejante cosa? Gane el torero cuanto pueda, ahorre, pero no pierda sus cualidades típicas: sea lo que fué hasta aquí.

Pero, ¡á qué batallar! El tipo ha muerto, y no hay ya quien repita el milagro de Lázaro.

Ya no se ve en la plaza á los guardadores de nuestro carácter, á los herederos del Tenorio; se ve allí á hombres que ejercen una profesión y ansían lucrarse on ella lo más posible, sin que vivan

para el público que les da nombre y fortuna, sin que le pertenezcan, sin que ninguna consideración les haga seguir á su servicio en el momento que cuentan en la caja unos cuantos miles de pesetas que gastar anualmente.

Subsistirá el espectáculo; será siempre el primero, sin que ningún otro pueda rivalizar con él; alcanzarán los toreros aplausos y ovaciones, pero ni unos ni otras llevarán aquel brío y aquella significación que antes tenían.

El torero no volverá á ser un ídolo popular.

Y esto resulta inevitablemente; lo trae consigo la época, la llamada civilización, el *refinamiento* de las costumbres; lo trae el positivismo que todo lo metaliza, y que hace más valioso al que más posee; lo trae esa mal entendida cultura que, como abrumadora mole, pesa sobre los pueblos, quitando los rasgos salientes de cada uno y haciendo igual, monótona, cortada por un mismo patrón la vida de todos.

Yo reniego de esa nivelación general que nos arrebató lo que teníamos de grande y nos dejó lo que otros tienen de pequeño.

*
* *

No es aquí del caso hacer una biografía de Rafael Guerra. Todos saben que el diestro en cuestión, después de figurar por algún tiempo en la cuadrilla de niños cordobeses, que dirigía el antiguo banderillero *Caniqui*, padre del Mogino, pasó el año 80 á la de *Bocanegra*; al siguiente ingresó en la de Fernando Gómez (el *Gallo*), y el 84 en la de *Lagartijo*, dándole éste la alternativa en la plaza de Madrid el 29 de Septiembre de 1887.⁷

Guerra tiene mujer, tres hijas, treinta y dos años, y una renta de *diez mil duros*.

No se si persistirá en su propósito de retirarse esta temporada. Esa fué su decisión, y así la anunció públicamente. Si luego cambia de parecer, si el mal efecto

que su idea produjo le hace desistir por ahora, la intención estaba vista.

Queda, pues, subsistente todo lo consignado aquí. Retírese ó no, el tipo del torero ha muerto.

De todos modos, Guerra no permanecerá en la plaza todo lo que le permitan sus facultades y todo lo que el público quisiera.

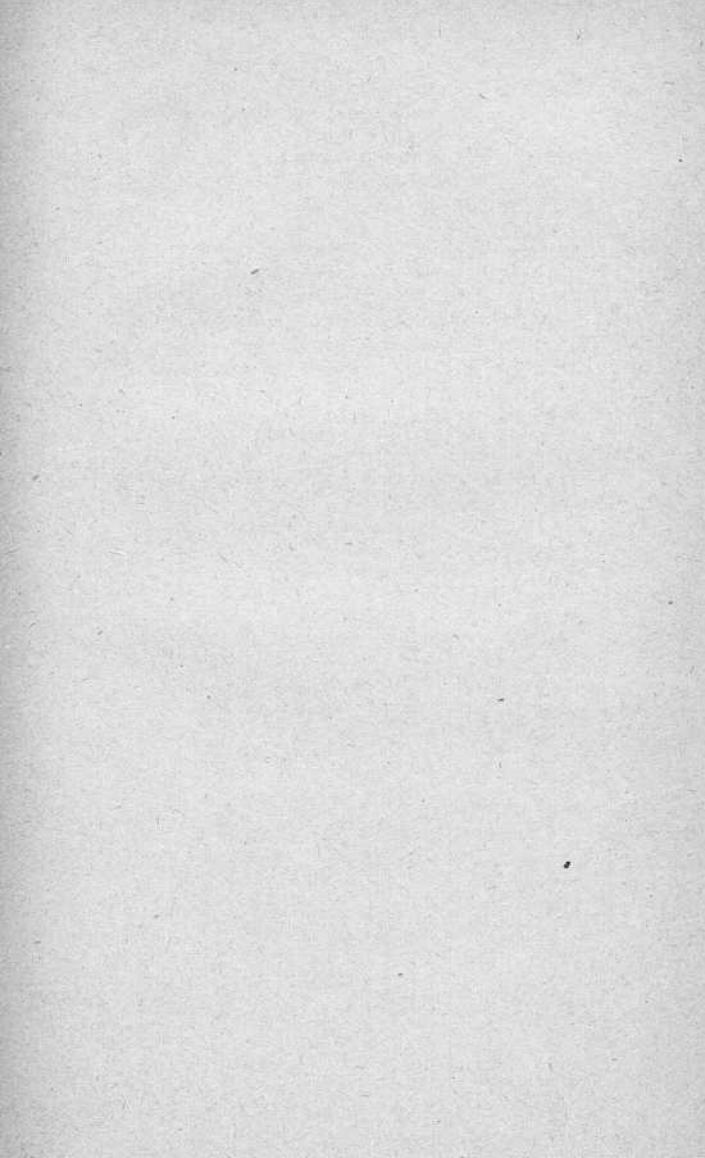
Y si no, al tiempo.

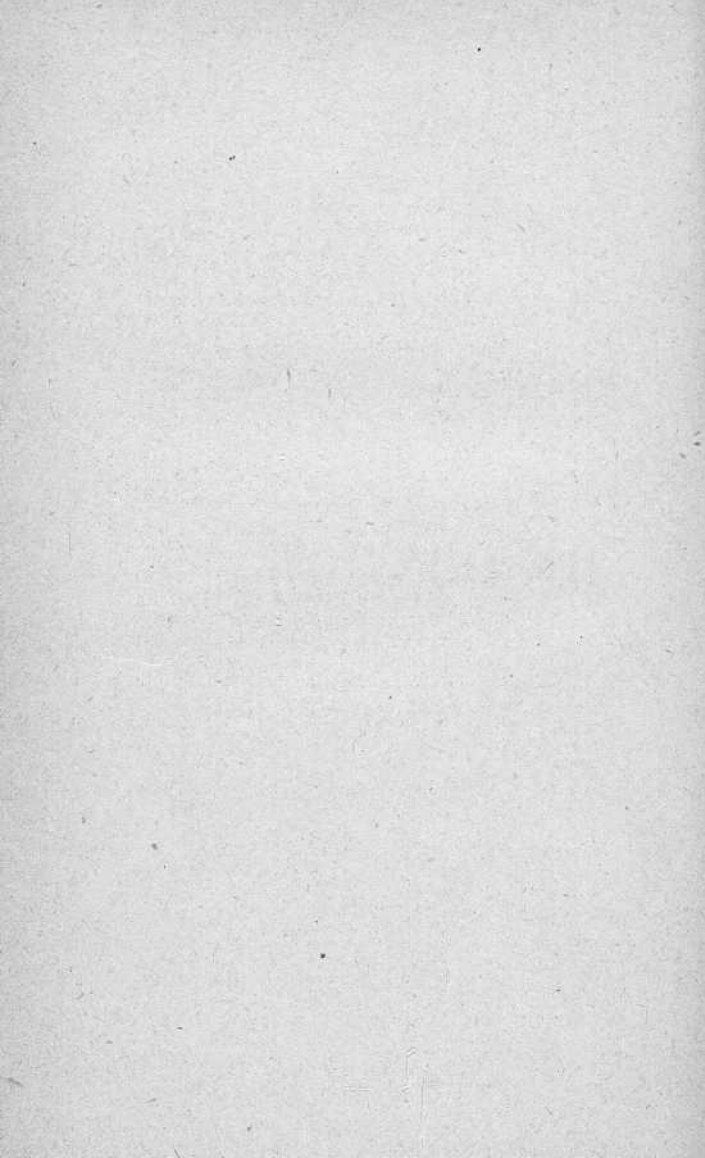
The first part of the document
 discusses the general principles
 of the proposed system.
 It is divided into two main
 sections: the first section
 deals with the theoretical
 aspects, and the second
 section deals with the practical
 aspects. The theoretical
 aspects are discussed in
 detail, and the practical
 aspects are discussed in
 more detail. The document
 concludes with a summary
 of the main points.

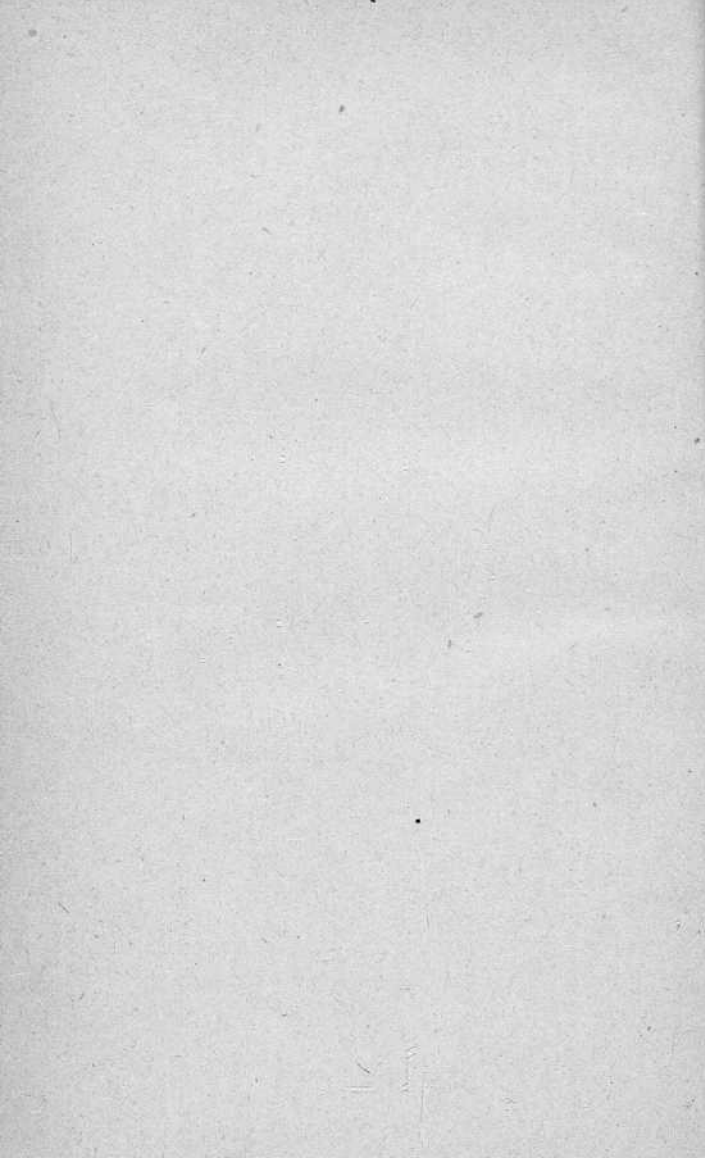
ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I.—Un hecho natural.—El lidiar toros y las otras profesiones.— Protesta general.—Lo que dice el público.—Lo que la retirada de Guerra significa.....	5
CAPÍTULO II.—Exito del <i>Burlador de Sevilla</i> .—El por qué de tal éxito.—Algunas líneas de un estudio sobre el Tenorio.—D. Juan es un tipo puramente español.—La generosidad.—El valor.—Aventuras amorosas —Lo que se admirará siempre.....	13
CAPÍTULO III.—Hechos punibles que se disculpan.—Un Tenorio de Cervantes.—Los nobles en los siglos XVI y XVII.—Ellos sintetizaban el tipo de D. Juan.—La fiesta de toros en aquel tiempo.—El Tenorio en la plaza.....	21
CAPÍTULO IV.—Al advenimiento de los Borbones.—Quién heredó las típicas condiciones del D. Juan.—Los ídolos del público no tienen vida privada.—Qué toreros eran los más populares.—A qué obedecía su popularidad.—Pepe-Hillo.—Sus condiciones personales.—Bellón <i>El Africano</i> .—En nuestros días.	27
CAPÍTULO V.—Dos colosos de la tauromaquia. — <i>Lagartijo</i> . — <i>Frascuelo</i> . — Por qué tuvo siempre más simpatías	

Rafael.—En ellos muere el tipo de torero.—Al dejar la arena	37
CAPÍTULO VI.—Cómo vestían y cómo visten los toreros.—En la Carrera de San Jerónimo.—Creencias erróneas.—El ganado que hoy se lidia.—Los frontones.—El juego de pelota no puede ser un espectáculo—Su ninguna influencia en contra de las corridas de toros.—La pretendida falta de toreros.	45
CAPÍTULO VII.—Guerra.—Lo que resulta como lidiador —Faenas asombrosas.—La principal figura del cuadro.—Exigencias del público con este espada.—A qué se debe la relativa indiferencia del público hacia nuestro espectáculo.....	55
CAPÍTULO VIII.—El tipo de D. Juan y el del torero.—Su cuna.—Cuándo deja de admirárseles.—El celibato del Tenorio.—La familia del torero.—Lo que el público no concibe.—El espectáculo en la estética, pero no en la poesía.—Absurdos.—El tipo del torero desaparece para siempre.—Consecuencia de la mal entendida civilización.—Ligeros apuntes biográficos de <i>Guerrita</i> .—Ratificación de lo dicho.....	63









OBRAS DEL AUTOR

	<u>Pesetas.</u>
<i>Iconografía calderoniana.</i> —(Homenaje á Calderón).—Agotada.....	50
<i>Los toros en Madrid.</i> —Estudio histórico.....	4
<i>La Escuela de Tauromaquia en Sevilla</i> (tercera edición).....	3
<i>Corazón y brazo.</i> —Novela.....	3,50
<i>Menudencias.</i> —Idem.....	3
<i>Fuerza mayor</i> —Idem.....	3,50
<i>Los novillos.</i> —Estudio histórico.....	4
<i>Falstaff:</i> (Bajo el seudónimo de «Allegro»).—Estudio crítico.....	»
<i>Tipos que fueron.</i> —Estudio.....	1,50

EN PRENSA

González Pérez y Compañía.—Novela.



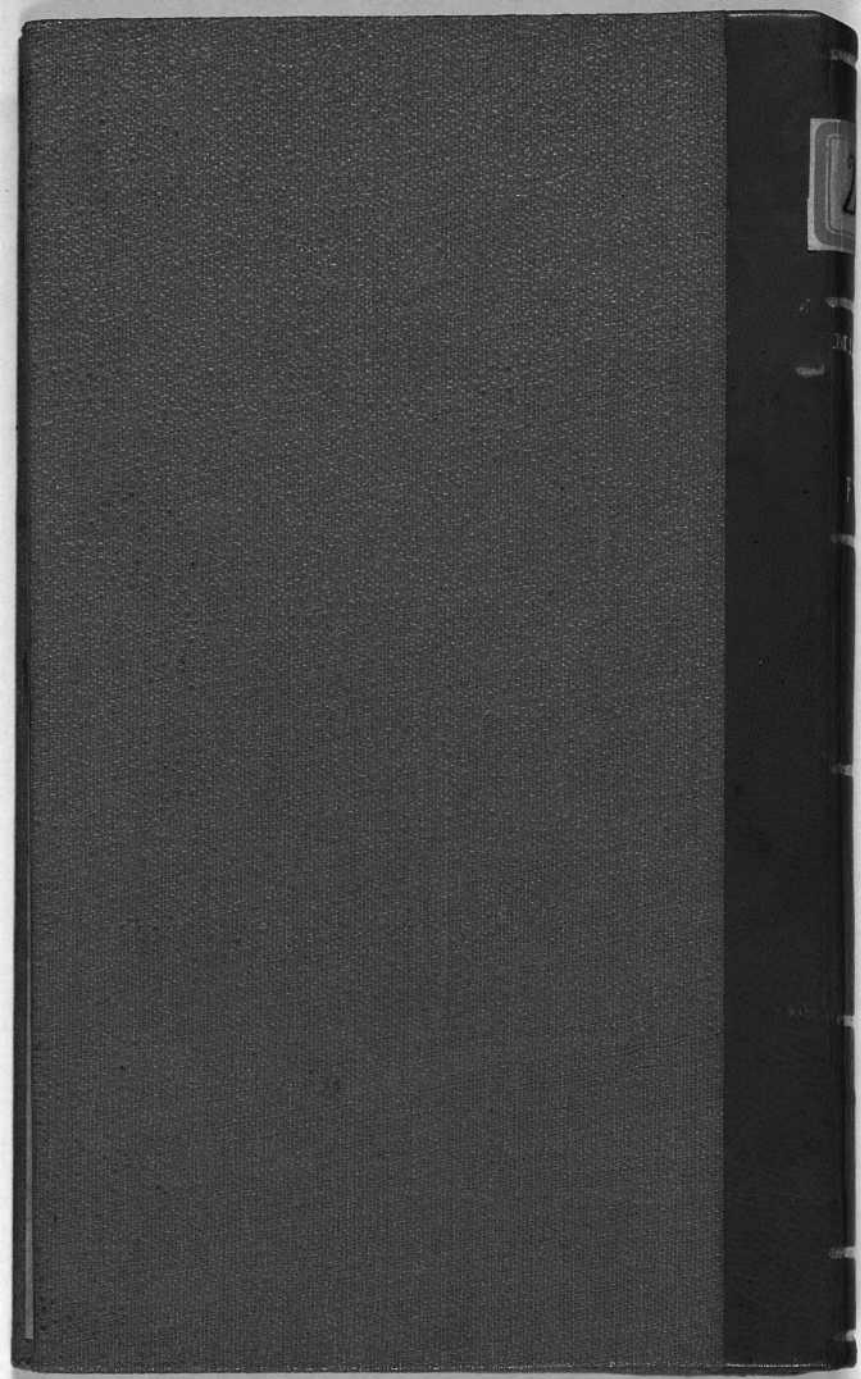


MARQUES DE SAN JUAN DE PEÑORAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>269</u>	Precio de la obra
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición
Tabla... <u>6</u>	Valoración actual
Número de tomos.		



269.

ALTERNAS

TIPU
QUIL

INTERO